



perioridad, en su vitalidad admirable, el sello de su grandeza y de su origen divino.

»Porque es esa palabra evangélica y divina la que sembró en el corazón del hombre la verdadera libertad religiosa, el derecho sagrado de adorar á Dios en espíritu y en verdad, libertad y derecho que pusieron á salvo la dignidad humana; árbol frondoso que regado con la sangre de los mártires cristianos, cobijó bajo sus ramas las almas agostadas por el viento de la tiranía, y las conciencias encorvadas bajo el yugo del cesarismo romano. Es también esa palabra evangélica y divina la que reveló al mundo el gran misterio de iniquidad que se ocultaba en el fondo de las instituciones sociales, políticas y legislativas del paganismo, y especialmente en la institución de la esclavitud, al establecer con la palabra y con el ejemplo el gran principio de la fraternidad humana, la igualdad de los hombres todos en la presencia de Dios, su origen común y su común destino, su redención y santificación común en la sangre de Jesucristo y por Jesucristo, sin distinción entre el bárbaro y el griego, entre el gentil y el judío, entre el pobre y el rico, entre el señor y esclavo. Y fué entonces cuando la institución de la esclavitud quedó herida de muerte y la Iglesia de Cristo, que es paciente, porque participa de la eternidad de Dios; la Iglesia de Cristo, que tiene por regla de conducta obrar el bien sin producir hondas perturbaciones, que procura afirmar y consolidar el derecho de Dios sin perder de vista la condición del hombre, viene limando sordamente, pero con infatigable y perseverante mano, las cadenas del esclavo, realizando de esta manera y llevando á cabo con lentitud, si se quiere, pero con aquella seguridad y prudencia que evitan los grandes sacudimientos sociales la abolición de la esclavitud, abolición que constituye, á no dudarlo, uno de los grandes caracteres de la civilización cristiana.

»Y no se nos diga que la abolición de la esclavitud es una conquista de la razón humana y no de la doctrina de Cristo; según afectan creer, ó al menos, según afirman de palabra y por escrito algunos partidarios del racionalismo. No se nos diga que ninguna página del

Evangelio contiene la condenación positiva y la reprobación explícita de la esclavitud. Porque los que tal dicen y semejante tesis sustentan y afirman, dan sobrado á entender, ó que ignoran por completo el espíritu y la letra del Evangelio, ó que han reflexionado muy poco sobre esta materia; porque la verdad es que apenas hay una página de este que no contenga una condenación más ó menos explícita, más ó menos positiva y directa de la esclavitud. Cuando el Salvador del mundo abrió su boca y predicaba el admirable sermón de la montaña; cuando llamaba bienaventurados á los pobres, y á los que lloran, y á los que padecen persecución por la justicia; cuando exponía la parábola del rico epulón y del mendigo Lázaro; cuando en la última noche de su mortal vida daba á sus discípulos el mandamiento *nuevo* del amor y de la caridad universal; cuando decía que recibiría, como hecho á él mismo, lo que en favor de los pequeñuelos y desvalidos hicieran los hombres; cuando aseveraba en presencia de las turbas que le rodeaban que *el Señor le había enviado para evangelizar á los pobres*, Jesucristo libertaba al hombre y quebrantaba las cadenas de la esclavitud. Y las quebrantaba también y preparaba la abolición de esta institución de la sociedad pagana, cuando elegía á pobres pescadores por apóstoles suyos, y cuando mandaba que se amara al prójimo como á sí mismo, y cuando se llamaba á sí mismo *Hijo del hombre*, y sobre todo y principalmente, cuando moría por todos indistintamente en la Cruz. Cada una de estas sentencias, cada uno de estos mandatos, cada una de estas palabras, cada uno de estos ejemplos, cada uno de estos hechos, era un fuego que fundía y devoraba los anillos de la cadena del esclavo, siendo la mayor gloria de Jesucristo y de su Iglesia haber llevado á cabo esta gran transformación social sin los sacudimientos y perturbaciones desastrosas que suelen deshonorar y esterilizar las revoluciones que son la obra del hombre. Hay aquí una gran revolución social, que se ha consumado sin que el hombre se apercibiera de la hora y del día de su consumación. Es esta la señal de las obras divinas; es el carácter que distingue y ennoblece las revoluciones que son la



obra del dedo de un Dios omnipotente y justo.

»¿Y qué será si á todo esto se añade que es también el cristianismo, que es el Hombre-Dios y su Iglesia santa, los que han depositado en el fondo de la sociedad, en el corazón mismo de la humanidad, ese gran principio de la caridad, forma viviente y sustancial, si es lícito hablar así, de la civilización cristiana? Porque ello es incontestable, que este gran principio constituye la base y el coronamiento del edificio cristiano; toda vez que es el que da fuerza, y vigor, y sanción á los demás elementos del cristianismo como religión y como civilización. El principio de la libertad, y el principio de la igualdad, y el principio de la fraternidad de los hombres, y todas las grandes ideas que entraña la civilización cristiana, deben á ese gran principio de la caridad y del amor la poderosa vitalidad que los distingue. Ese espíritu de beneficencia y de misericordia, ese espíritu de abnegación y de sacrificio en favor de todos los hombres, y con especialidad de los que sufren y lloran, esa dulzura en las relaciones sociales, esa suavidad en la legislación, esa tolerancia universal, ese noble deseo de mejorar la condición de las clases inferiores y desheredadas, esa moderación en el uso y resultados de la guerra, ese espíritu universal de humanidad, de benevolencia y de amor, cualidades y caracteres que distinguen y ennoblecen la civilización cristiana, colocándola á una altura inmensa sobre todas las civilizaciones antiguas, no son otra cosa en el fondo más que manifestaciones múltiples y espontáneas de los grandes principios evangélicos arriba mencionados, á los cuales el principio superior de la caridad comunica vitalidad inagotable, imprime poderosa fuerza de expansión, y convierte en fuerzas vivas y permanentes de civilización y de progreso. ¡Y todavía hay hombres que desconocen y niegan que la civilización europea lleva en su alta y noble frente el sello real de Jesucristo! Fenómeno es este en verdad que apenas podemos explicarnos. Sólo teniendo en cuenta la influencia perniciosa de las pasiones sobre la inteligencia, y la influencia más temible aún del orgullo y la soberbia sobre la razón, podemos concebir que haya hombres de ciencia que

afecten desconocer y se obstinan en negar, que si la Europa marcha á la cabeza del mundo, si la sociedad europea es el foco y centro de la civilización, es porque lleva en sus entrañas al cristianismo, es porque Jesucristo y su Iglesia han depositado en ella sus ideas, sus principios, sus máximas, su fuerza, su sávia, su vida, sus elementos y sus caracteres; que no sin razón esa maravillosa civilización, que la ingratitud del hombre, de acuerdo con el orgullo de la ciencia racionalista, pretende arrebatarse de las manos de Jesucristo y de su Iglesia, lleva el nombre glorioso y característico de *civilización cristiana*.

La enérgica vitalidad y la poderosa fuerza de expansión inherentes y connaturales al elemento divino y á las ideas evangélicas que lleva en su seno la civilización cristiana, contiene también la razón suficiente de la superioridad é influencia indisputable que ejerce sobre las demás civilizaciones que se reparten hoy el dominio del mundo. Echando una ojeada sobre el mapa de la tierra, se advierte desde luego, que dejando á un lado las tribus salvajes, las naciones civilizadas se hallan representadas y caracterizadas por tres grandes agrupaciones, á saber: la agrupación búdhica, la agrupación mahometana, la agrupación cristiana; lo cual vale tanto como decir, que el budhismo, el mahometismo y el cristianismo representan y caracterizan las tres especies ó clases fundamentales de civilización que se disputan el dominio del mundo actual.

»Si se nos pregunta ahora nuestra opinión acerca del porvenir de estas tres civilizaciones, debemos contestar que, si se trata del porvenir más ó menos próximo de esas civilizaciones, no vacilamos en creer y afirmar que la civilización cristiana no será, no puede ser vencida por las otras dos expresadas; lejos de eso, tenemos por muy probable el triunfo más ó menos completo y absoluto de la primera sobre las segundas en un período de tiempo más ó menos largo. Bien sea que se considere á la civilización cristiana como una manifestación fundamental y especial del plan divino de la Historia, es decir, como encarnación y revelación de la fase histórica consiguiente al período preparatorio, y rela-



cionada con la redencion del hombre por Dios; bien sea que se la considere por parte de su inmensa superioridad y de los elementos de vida que en su seno encierra, parece incontestable que las civilizaciones búdica y musulmana se verán precisadas á ceder, y serán absorbidas tarde ó temprano por la civilizacion cristiana.

»Es sobremanera racional y lógico el afirmar que esta civilizacion, merced á la poderosa iniciativa que la distingue, y á la vigorosa fuerza de expansion que le es inherente; merced tambien á las maravillas de sus artes, á las conquistas de su ciencia, á los prodigios de su industria, al ardor y celo de sus misioneros, debe acabar y acabará ciertamente por descomponer, ó si se quiere, por hacer entrar en la órbita de su atraccion y asimilarse esas dos civilizaciones estériles, frías y caducas, cuyo único poder de resistencia consiste en su misma inercia.

»Esto no obstante, si se trata del último destino y porvenir final de la civilizacion cristiana, confesar debemos sin vacilar nuestra ignorancia, porque este es el secreto de Dios. La Europa atraviesa una crisis profunda; lleva en su seno elementos heterogéneos y opuestos que determinan en sus entrañas un gran movimiento de fermentacion, movimiento que se revela al exterior por síntomas amenazantes y por convulsiones terribles y cada vez más inminentes. Al lado del principio cristiano y de los elementos evangélicos que le dan fuerza y vida, descúbranse instituciones ateas, ideas materialistas, costumbres y tendencias sensualistas, rebelion satánica de la ciencia y de la razon contra Dios, al cual pretenden arrojar del mundo y de la sociedad; en una palabra, el principio pagano en todas sus formas, luchando y reaccionando contra el principio cristiano. ¿A cuál de estos dos principios pertenecerá la victoria final? No es dado al hombre penetrar los eternos é inescrutables designios del Altísimo cuando se trata del destino final de la humanidad sobre la tierra, ni tampoco reconocer y predecir las determinaciones de la voluntad del hombre en el porvenir. Ello es cierto que la Europa, como centro y foco de la civili-

zacion cristiana, lleva en sus entrañas principios de corrupcion y principios de restauracion, gérmenes de bien y gérmenes de mal, señales de vida y señales de muerte. Mientras el observador contempla extasiado los grandes caracteres y conquistas que parecen asegurarle una vida inmortal, llega á sus oidos súbitamente el sordo y espantable rugido de la tempestad que conmueve sus cimientos, y que parece anunciarle con fatídico acento la proximidad de la desolacion y de la muerte, el reinado pavoroso de la anarquía y del caos.

»Por otra parte, las lecciones de la Historia deben hacernos cautos y sóbrios con respecto á las predicciones de un futuro histórico más ó ménos lejano. Los contemporáneos de Pericles, de Fidias, de Platon y de Aristóteles, no hubieran creído probable, ni siquiera posible, que á la vuelta de algunos siglos, dentro de los muros de Atenas, en las campiñas del Atica y de todo el Peloponeso, sólo se verian algunas manadas de esclavos encorvados bajo el yugo de la barbárie mahometana.

»Es posible que la crisis profunda que atraviesa hoy la civilizacion cristiana, razon suficiente y verdadero origen de la superioridad que distingue á la Europa, se resuelva en sentido favorable al principio católico, representante legítimo y completo del cristianismo, y que purificada, robustecida y vigorizada por este medio la civilizacion europeo-cristiana, extienda sus conquistas de una manera permanente y más ó ménos definitiva al resto del mundo; pero es muy posible tambien que esta civilizacion se marchite y perezca, corroída por el principio pagano que abriga en su seno, bien sea que la mano de Dios se agrave sobre la Europa por medio de catástrofes desoladoras y de revoluciones sangrientas, bien sea que para castigar su ingratitud para con el cristianismo y la Iglesia, traslade su civilizacion á otros climas y á otros pueblos. En todo caso, y cualesquiera que sean los destinos ulteriores, y sobre todo el porvenir final de la civilizacion europea, tenemos por indudable que la civilizacion cristiana, más ó ménos pura, más ó ménos perfecta y desarrollada, durará tanto como la humanidad en un punto ú otro del espacio;



porque esta civilizacion radica en el cristianismo y en la Iglesia de Cristo, cuyo reinado permanecerá sobre la tierra hasta la consumacion de los siglos. La civilizacion cristiana es un árbol que recibe su sávia y su vitalidad del Evangelio; es la revelacion social de la redencion operada por el Verbo de Dios; es una fase, una forma, una expansion de la doctrina católica y de la Iglesia de Cristo, es como la encarnacion histórica y humana de la palabra divina. Y no en vano está escrito que la Iglesia es *columna y firmamento de la verdad*; no en vano está escrito que *todas las cosas debian ser restauradas en Cristo*; no en vano está escrito que *el cielo y la tierra pasarán, pero la palabra de Dios no pasará*.

»Por lo demás, el porvenir final de la civilizacion, como obra puramente humana, y abstraccion hecha del elemento divino; y como divino, permanente é imperecedero de la civilizacion cristiana, será cual lo haga el hombre. Ya hemos visto que la accion soberanamente libre de Dios, la intervencion de la Providencia en la Historia y en la marcha de la humanidad terrestre, lejos de excluir ó negar, supone y afirma la accion libre del hombre. Las naciones, como los individuos, realizan su destino por medio del ejercicio de su propia libertad, bajo la direccion superior de la Providencia divina. Ciertamente es que el hombre no puede predecir el destino final de las sociedades humanas sobre la tierra, como no puede predecir cuáles serán sus determinaciones libres durante su vida ulterior, porque esto sólo cabe dentro de la ciencia infinita, á la vez que eterna y simultánea de Dios. Sin embargo, no es ménos cierto por eso que estas sociedades terminarán su carrera sobre la tierra de la manera y en la forma que hayan merecido por medio de su libertad, ó sea en relacion con el uso bueno ó malo que hayan hecho de su libertad y de los dones recibidos del Dios Creador y Redentor. Ya hemos visto que la ley de la eterna justicia constituye una de las derivaciones y manifestaciones más importantes de la ley histórica en sus aplicaciones á los pueblos y civilizaciones que vienen sucediéndose sobre el teatro de este mundo. Lo que fué, será; por-

que no hay razon para pensar que las condiciones de aplicacion de esta ley suprema de la justicia divina, se modificará con el trascurso del tiempo. Si esta ley de justicia eterna se ha revelado en el principio y medio de la historia humana, castigando y premiando en los pueblos, como en los individuos, el abuso y el recto uso de su libertad, elevando ó abatiendo las naciones á medida de sus virtudes y sus vicios, haciendo responsables solidariamente á las civilizaciones y sociedades del bien y del mal por ellas libremente realizado, razonable y lógico será el afirmar que esa gran ley de la justicia eterna se realizará del mismo modo y bajo iguales condiciones en el término de la Historia. El fin de esta y de la humanidad sobre la tierra será aquel que corresponda al mérito y demérito de sus propios actos, á la responsabilidad inherente al uso ó abuso de su libertad y de los múltiples dones de su Creador, cumpliéndose y realizándose en todo caso la ley de la suprema justicia, bien sea que la humanidad termine su larga peregrinacion sobre la tierra en los esplendores de una civilizacion superior y universal, bien sea que, por el contrario, sea llamada ante el tribunal de Dios en medio de horribles convulsiones, ó de triste y espantosa decadencia.

»Y téngase presente que nuestra ignorancia acerca del estado y modo de ser de la humanidad al terminar su carrera terrestre, se extiende igualmente y con mayor razon todavia, si cabe, al tiempo ó época final de dicha carrera. Cuando los discípulos preguntaron sobre esto al Hombre-Dios próximo á subir al cielo, este les contestó: «No os pertenece conocer los tiempos y momentos que el Padre puso en su potestad.» No pertenece al hombre conocer lo que es propio de la sabiduria infinita de Dios. No pertenece á vosotros conocer el periodo final de la humanidad sobre la tierra, ni contar los siglos de su existencia, ni predecir el término de su duracion y de su vida. Reservado está esto al Padre celestial, cuya vida es el ser, cuya duracion es la eternidad, cuya inteligencia es infinita, cuya voluntad es soberana, cuya palabra es poderosa hasta dar la vida y la muerte, y cuya mirada penetra el espacio, atraviesa los



siglos, alcanza hasta el fondo del abismo, escruta el inescrutable corazón del hombre: *Non est vestrum nosse tempora vel momenta qua Pater posuit in sua potestate* (1). Fueron estas las últimas palabras que pronunciaron los labios del Salvador del mundo en el momento de subir al cielo y sentarse á la diestra del Padre, el cual le enviará en el fin de los siglos para juzgar á los vivos y á los muertos.

»¿Qué debemos inferir de estos datos y reflexiones? Hélo aquí en pocas palabras. La historia de la humanidad terrestre no será infinita en su duración, ni siquiera indefinida, como pretender pudieran las teorías panteístas en armonía con los principios esenciales de esta escuela. La historia del género humano que puebla el globo que habitamos y que en él viene desenvolviéndose á través de las edades pasadas, finalizará cuando hayan transcurrido los siglos predestinados desde la eternidad en la Inteligencia divina. Empero así como nos es y será siempre desconocida la ley única, fundamental y primitiva de la Historia, así también nos es desconocido el número de siglos que deberán formar el contenido de la Historia universal de la humanidad terrestre.

»Si es cierto, pues, que el panteísmo y el racionalismo se apartan de los caminos de la verdad y de la religión cristiana al prescindir y negar de una manera más ó ménos explícita el término real de la historia humana, no es ménos indudable que se hallan muy lejos de la prudencia cristiana y de la sobriedad científica, los que se dedican á pronosticar el fin del mundo, señalando términos y plazos determinados á la existencia del hombre sobre la tierra.

»Este mundo será ciertamente, no aniquilado, como pretendieron algunos (2), sino renovado y transformado, según la frase de la Escritura. El fuego purificará los elementos de este globo, y disolverá sus partes, y trasfor-

(1) *Act. Apost.*, cap. I, vers. 7.

(2) La Iglesia ha reprobado siempre la doctrina de los que afirmaban con Orígenes, que en el juicio final serían aniquilados los cuerpos. Al propio tiempo el papa Juan XXII condenó la siguiente proposición de Eckard: *Nos transformamur totaliter in Deum, et convertimur in eum.*

mará su aspecto, y aparecerán *nuevos cielos y nueva tierra*, según la palabra del profeta (1) y según la expectación del Apóstol (2); pero ni hombre alguno, ni los ángeles del cielo, ni siquiera el Hijo del hombre, en cuanto tal, conocen el día ni la hora de esa gran transformación (3).

»En conformidad y armonía con esta palabra del Salvador del mundo, San Pablo, escribiendo á los fieles de Tesalónica, mientras por un lado les expone la doctrina católica sobre la resurrección general de los cuerpos, les encarga á la vez que no se dejen engañar por discursos aventurados acerca de la proximidad del fin del mundo. Lejos de señalar ni predecir él mismo la época temerosa y fatal, les dice, por el contrario, que es incierto y desconocido el día señalado en los consejos del Altísimo, como término de la carrera de la humanidad y de su historia sobre la tierra. «Nosotros que vivimos, escribe, estamos reservados para la venida del Señor... los muertos que están en Jesucristo, resucitarán los primeros... No hay necesidad de señalaros el tiempo; vosotros bien sabéis que el día del Señor vendrá como el ladrón que sorprende por la noche.» «Os rogamos, añade en otra parte, que no os dejéis turbar, ni os llenéis de espanto por pretendidas inspiraciones, por discursos, ó por una de nuestras cartas, como si estuviera próximo el día del Señor. Tened cuidado de que nadie os engañe (4).»

»En conclusión: la humanidad terrestre, como entidad moral y colectiva, tiene prefijado un término á su carrera, que lo es igualmente de su historia; pero las condiciones internas y

(1) *Isaias*, cap. LXV, vers. 17.

(2) *Novos vero celos et novam terram, secundum promissa ipsius expectamus.* Epíst. segunda de San Pedro, cap. III, vers. 13.

(3) *De die autem illo vel hora nemo scit, neque angeli in celo, neque filius, nisi solus Pater.* Evangelio de San Marcos, cap. XIII, vers. 32.

(4) *Rogamus autem vos, fratres... ut non cito moveamini a vestro sensu, neque terreamini, neque per spiritum, neque per sermonem, neque per epistolam, tamquam per nos missam, quasi instet dies Domine. Ne quis vos seducat ullo modo.* Epíst. seg. ad Tesalón., cap. II, vers. 1, 2, 3.



externas de esta Historia en el porvenir, bien así como límite de su duración, hállanse reflejadas solamente en la ciencia eterna, infinita y simplicísima de Dios.»

El camino recorrido es largo, ciertamente; mas las exigencias de la época moderna nos

obligan á presentar de relieve lo más notable que el pensamiento católico ha escrito hasta hoy, en testimonio de la grandeza de la ciencia católica en todos sus ramos del saber, y singularmente en la ciencia que le es exclusivamente propia, en la Filosofía de la Historia.

III

Historiografía

En un principio, dice un distinguido historiador, la Historia no se escribe, se hace.

Nosotros nos atreveríamos á corregir este pensamiento, diciendo que la Historia en un principio no se escribe, se cuenta y se canta; unas veces en la solitaria cabaña el decrepito anciano con voz temblorosa narra á sus descendientes las tristes memorias del pasado; otras la alegre y lozana juventud, con cánticos virginales, entona ecos de alegría en la callada noche ó en la hermosa alborada. Esta es la primera página de la historia de la Historia, de la que hoy se denomina en su desarrollo científico y progresivo: *Historiografía*.

Todos los pueblos conservan sus mitos, sus leyendas, sus tradiciones, sus romances, páginas de la Historia anudadas unas á la fantasía, otras á lo más íntimo del corazón. Orlando, Guillermo Tell, el Cid, nuestros abencerrajes, las memorias casi perdidas en el seno de la eternidad de la India y de la China, los recuerdos del viejo Egipto, las tradiciones de esa cuna del linaje humano, Asia, no son sino las primeras historias de la infancia de la humanidad.

Este primer momento histórico es el período de la Historia poética, de la edad juvenil del mundo, en que hechos y sentimientos se confunden en una sola y continua relación, siendo difícil, según ley histórica, separar lo que pertenece á la ciencia, de lo que solo es propio de la fantasía. Ni era tampoco posible que el genio de la Filosofía pudiera remontarse á la narración de los grandes hechos y problemas de la vida, cubiertos bajo oscuro y misterioso velo los

secretos de la vida y los destinos de la humanidad, ignorado el nombre del verdadero Dios y desconociendo la naturaleza del hombre en su fin y en su último destino. El mundo pagano, sentado en sombras de muerte, pudo narrar los hechos, pero no escribir la historia del linaje humano.

Analizan algunos escritores la ciencia histórica en su desenvolvimiento artístico, bajo la división de historia poética, clásica, erudita, filosófica, etc.; nosotros preferimos colocarnos en este exámen de la historia externa y progresos de su exposición, bajo el criterio del concepto de la ciencia histórica, tomando por norte la preciosa, sabia, y científica, y divina manifestación de la ciencia en Moisés y los profetas; narraciones al par confirmadas hoy por todos los maravillosos y gigantescos progresos de las ciencias naturales y filológicas.

Moisés y los profetas son los verdaderos padres de la Historia (1). Sin Moisés y los profe-

(1) Resumen general de todos los Libros Sagrados.

ANTIGUO TESTAMENTO

El *Genesis*; su autor Moisés: fué publicado después de la salida de Egipto: contiene 50 capítulos y 1530 versículos: el carácter de este libro es histórico.

A Moisés también pertenecen el *Exodo*, publicado asimismo después de la salida de Egipto: le forman 40 capítulos y 1211 versículos: el carácter de este libro es histórico legal.

El *Levítico*, escrito por Moisés después de la salida de Egipto: consta de 27 capítulos y de 858 versículos: también el carácter de este libro es histórico legal.